

# *El descenso de la razón*

*La razón poética de María  
Zambrano y el pensamiento de la  
crisis cultural en el siglo XX*

JESÚS MORENO SANZ  
Escritor

**L**a concesión del premio Príncipe de Asturias en 1981 y del Cervantes en 1988 a María Zambrano (1904-1991), así como su propia vuelta a Madrid, tras largo exilio (1939-1984) por Francia, México, Cuba, Puerto Rico, Italia y Suiza, fue dando cierta notoriedad a esta pensadora hasta entonces muy oculta en el panorama literario, y aún más en el filosófico, español. Discípula de Ortega y Gasset, a lo sumo se le reconocía cierto carácter epigonal respecto de éste, y aproximándola, casi siempre con cierto desdén, a una equívoca escritura poética y mística.

Hoy —en el año en que se cumple el centenario de su nacimiento— este pensamiento es mejor conocido, aunque aún siguen pesan-

do sobre él multitud de malentendidos, en parte debido a una amplia ignorancia o a una no siempre adecuada interpretación de su obra, además de que, efectivamente, ésta se aparta de los cánones usuales de la filosofía académica, aunque adentrándose en las raíces de los esenciales problemas filosóficos del siglo veinte, como desde los años cincuenta se lo reconocieron Camus, R. Caillois, Cioran, E. Zolla, o los propios Ferrater Mora o Aranguren. Reconocida lo fue siempre por grandes poetas españoles, hispanoamericanos, franceses e italianos —Machado, Juan Ramón, Cernuda, Bergamín, Emilio Prados, Gil de Biedma, Valente, Ullán, Octavio Paz, Lezama Lima, René Char, Cristina Campo— por sus planteamientos de la relación entre la filosofía y la poesía, y en general con el mundo del arte, especialmente la música y la pintura, sobre las que también escribió amplia y profundamente, y siendo también muy reconocida por un amplísimo espectro de pintores.

## GÉNERO Y LUGAR DE ESTE PENSAMIENTO

*Hay que repartir bien el logos por  
las entrañas  
Empedocles*

*Sabido es que lo más difícil no es  
ascender, sino descender. Mas he  
descubierto que el condescendi-  
miento es lo que otorga legiti-  
midad, más que la búsqueda de las  
alturas (...); he preferido la oscu-  
ridad que (...) descubrí como  
penumbra salvadora, que andar  
errante, solo, perdido, en los infier-*

## distancia

### Cuaderno de Cultura

*nos de la luz* María Zambrano, «A modo de Prólogo» a la edición de 1987 de *Filosofía y Poesía*.

La primera cuestión que suscita el pensamiento de Zambrano es el *género* mismo *en* que escribe y el *lugar desde* el que dimana su tan singular voz. Ambas cuestiones afectan a los problemas cruciales del pensamiento y de la más alta literatura occidentales desde mediados del siglo XVIII, recrudescidos desde los inicios del siglo XX, y abocados en la actualidad a la, quizá, impotencia radical de la filosofía, o «la derrota del pensamiento» frente al nudo poder. Estamos ante la raíz misma del nihilismo y el pensamiento de la crisis occidentales que pone en cuestión las capacidades de la llamada Ilustración para ser un pensamiento liberador de la cultura y de la vida. Y así, Zambrano se sitúa en la dinámica que suscita esa «otra» Ilustración crítica de los reduccionismos y grandes abstracciones del racionalismo cartesiano, del idealismo y del positivismo, y en una genealogía no difícil de seguir desde cierto *iluminismo* inglés y escocés, el propio romanticismo alemán (señaladamente Shelling), las reacciones a Hegel (y en especial Kierkegaard), hasta el eje en que se constituye Nietzsche en el hito clave propulsor de la crítica de la modernidad. Ésta llegará a Zambrano a través de los cuatro ejes cardinales que para ella suponen su propio padre Blas Zambrano, Machado, Unamuno y Ortega, y desde luego en el generalizado ambiente *regeneracionista* español del primer tercio del siglo XX, ampliamente influido por la Institución Libre de Enseñanza.

Es en ese contexto, y en la constelación de variados movimientos juveniles de vanguardia y de pugna entre concepciones *deshumanizadoras* del arte *neorrománticas* socializadoras, y las francamente implicadas políticamente, en el que surge este pensamiento de Zambrano en 1928 como una razón cívica que intenta integrar tan variadas tendencias en una crítica cultural y política fuertemente afectada por Nietzsche y por Max Scheler que, desde estos inicios, irán matizando las influencias de sus maestros españoles y conduciéndola hacia *géneros* y *lugares* de pensamiento más *radicalizados*. En ello también será decisivo, tanto la recepción del evolucionismo creador de Bergson como, aún más, el diálogo que establecerá con san Juan de la Cruz, que no hará sino acrecentarse a lo largo de su obra. De forma que su inicial razón cívica se entrelazará, en el horizonte filosófico encauzado por Ortega, con las razones poéticas y entrañadas de Machado y Unamuno, y no menos con una singular «metafísica de artistas» (como pedía Nietzsche), que en ella explora las más profundas raíces místicas y extáticas. Ello se verá acrecentado por el pronto conocimiento, además de las vías más dinámicas del cristianismo originario, del propio sufismo, y en especial el de Ibn Arabî, de la mano de los grandes islamólogos Asín Palacios y el francés Louis Massignon, a quien, con el tiempo, acabará por declarar su único maestro.

En suma, ya el arranque de la escritura de Zambrano deja ver las raíces entremezcladas de civismo y crítica cultural, filosofía, poesía y mística. Lo

cual es ya visible en su primer libro *Horizonte del liberalismo* (1930), y mucho más en el segundo, *Los intelectuales en el drama de España* (1937), donde la que he denominado «razón armada» zambraniana en defensa de la República va fluyendo hacia una «razón misericordiosa», que acaba por completarse en los escritos de 1939 «Nietzsche o la soledad enamorada» y «San Juan de la Cruz, de 'La Noche oscura' a la más clara mística». Entre su primer y segundo libro, Zambrano delimita sus géneros y modos literarios, así como los lugares que realmente quiere visitar con el pensamiento que, en principio, no son otros que las nietzscheanas, y tan incitadas a ser visitadas por Ortega, «minas escondidas» y «tierras incógnitas». Y así, en artículos entre 1932 y 1934 —«De nuevo el mundo», «Nostalgia de la tierra», «Limite de la Nada», «Por qué se escribe» y «Hacia un saber sobre el alma»—, cuyos títulos son muy significativos y programáticos, va descendiendo ya camino de sus lugares más propios y con géneros literarios mestizos, *transversales* se dice ahora, o con Deleuze, *rizomáticos*. Comienza ya realmente lo que va a ser toda la escritura de Zambrano: una *meditación entrecruzada* de política, filosofía, poesía, saberes religiosos y mística.

Ciertamente esta forma de pensamiento no es, en principio, exclusiva de Zambrano, pues en la señalada estela de esa «otra» Ilustración la encontramos desde los románticos alemanes, y en casos tan altamente expresivos como los de Kierkegaard, el mismo Nietzsche, o entre nosotros en Ganivet, Unamuno y algún Machado (Mairena), por no hablar de casos *paralelos* (precisamente, y que, por tanto, quizá sólo

## distancia

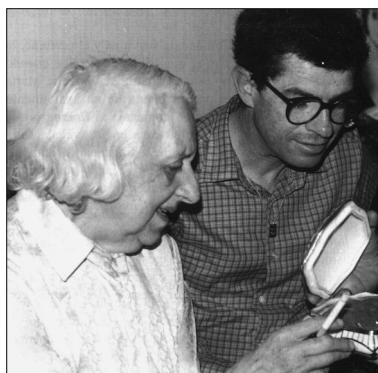
### El descenso de la razón

se encuentren en el «infinito») como lo son en algunos ámbitos E. Bloch y W. Benjamín. La especificidad de Zambrano vendrá dada por el modo en que hará *descender* a la razón hasta las zonas más avasalladas de la vida y en una cada vez más radicalizada crítica de aquellas concepciones racionalistas, idealistas, positivistas y, también, cínicas de la razón, de sus géneros y de los lugares de donde procede y hasta donde puede alcanzar.

#### EL LABERINTO Y EL PURGATORIO DE LA FILOSOFÍA

Una de las claves para comprender esta especificidad del descenso de la razón en Zambrano a sus propias raíces vitales lo ofrece ella en una carta a Medardo Vitier de 1951: *No voy sino que vengo de la filosofía (...); la filosofía es el purgatorio y hay que recorrerlo yendo, viniendo, convirtiendo el laberinto en camino*. Y efectivamente, de modo progresivo, la escritura de Zambrano va llevando a la filosofía misma a ser –sin duda en otro de sus diálogos críticos más relevantes, el que mantiene, casi siempre en la «sombra», aunque a veces muy explícito, con Heidegger– un *camino del pensar*. Camino descendente a los orígenes y raíces del sentir y guiado por una mirada unitaria que haga circular los diversos saberes que pretenden hacerse cargo y explicar las diversas zonas de la vida.

Hay dos textos claves de 1944 que, viéndolos en la conexión que hallan en otros posteriores, explican muy bien estos dos movimientos del camino descendente de la razón y de su mirada unitaria: el primero es



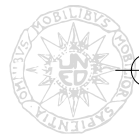
la propia carta de la pensadora a su gran amigo Rafael Dieste de 7 de noviembre, y el segundo correspondiente al artículo «Poema y sistema». En aquella carta se lee:

*Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran 'nuevos principios' ni 'una Reforma de la Razón' como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que había de salvarnos, sino algo que sea razón pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética ... es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra, tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes.*

En este planteamiento tan claramente nietzscheano –hasta en la «gota de felicidad» tan expresada por Nietzsche–, y que en realidad se remonta a la primera «lógica del sentir» –así he denominado al pensamiento de Zambrano–, es decir a Empédocles y su propuesta de repartir bien el logos por las entrañas. Lo que añadirá Zambrano a Empédocles y radicalizará al

máximo de Nietzsche es el camino al encuentro del *sentir originario*, es decir, la *quête* –filosófica y espiritual, entreveradamente– del propio logos en las entrañas. Es lo que, a partir de 1956 y la plena práctica de la razón poética, denominará *el logos sumergido*. Pues la máxima crítica de Zambrano a la filosofía occidental, desde su pleno nacimiento en Platón, lo es precisamente a su precipitación en salir del oscuro mundo pasional de la tragedia y creer que todo el logos se ofrece ya en la luz, en lo que la pensadora denomina *los infiernos de la luz*. De aquí derivará su misma crítica a la famosa *alezeia* heideggeriana. Pues la tarea del pensamiento, para Zambrano, no es, en modo alguno –salvo el de la pura soberbia de la razón occidental, que para ella se diría que actualiza el mito de Ícaro queriendo volar hasta el sol, y naturalmente siendo derribado con sus alas de cera en la máxima caída a tierra– *desvelar* el ser y la realidad, sino cautelosamente ir descifrando sus ocultaciones y velos, sin desposeerlos de ellos, co-respondiendo a sus demandas, a sus enigmas, y tratando de, sí, con-stelarse en la red de misterios que solucionan esos enigmas, lanzando en el envite la propia vida, el propio corazón, lleno, él también, de enigmas y misterios en los que, para Zambrano, como para Heráclito, se concentran y resuelven las señales que hace todo el universo.

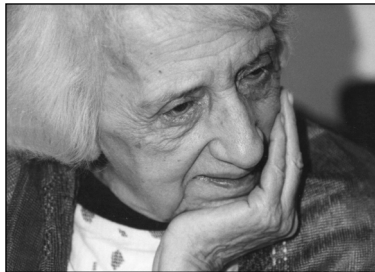
Se diría que toda la obra de Zambrano trata de co-responder a los dos mayores enigmas que suscitase Heráclito «el oscuro», y que lo hiciese ella desde esa misma oscuridad primordial de todo ser humano. En «Diótima de Mantinea» (1956), primer escrito ya de la plena razón poética,



distancia  
Cuaderno de Cultura

dice que *elegí la oscuridad como parte*, esa oscuridad que ella dice que convirtió en *penumbra salvadora*. Los retos de Heráclito son: (referido por igual al dios Apolo y a la naturaleza, a la *fisís*) *Ni dice ni oculta sino que hace señales* (o *signos*); y en otro fragmento escribe: *No se puede comprar el corazón porque lo que el corazón quiere se paga con la vida*. Por entre ambos fragmentos circulan los diversos géneros y formas practicados por la escritura de Zambrano como un «saber del alma» que, precisamente, revierte el «saber del cuerpo» y de la tierra de Nietzsche a un alma profundamente entrañada y que busca hallar sus conexiones con la tierra y con el universo.

Aparece, pues, esta escritura, en su permanente vaivén entre la filosofía, la poesía, el arte, la religión, cargada de simbolismo, al punto que la razón poética hay que denominarla propiamente **razón simbólica**. Y todo ese simbolismo se concentra en *el corazón*, vaso de unidad de mundo, tierra y alma; el que crea la órbita que hace entrar en circulación y conexión a los fragmentos en que se nos ha convertido la vida toda, comenzando por la nuestra, por nuestro ser «sujetos» descentrados, o centros de múltiples dimensiones que, según Zambrano, ya no sabemos ver y las reducimos a «sombra», esa que inescapablemente nos acompaña, lacera y amenaza en nuestra desintegración. El *sujeto y su sombra*, dirá ella prosiguiendo a aquel *el caminante y su sombra* de Nietzsche. Quizá la mejor autodefinition que ha dado Zambrano de la forma de su obra sea la que escribe en su libro *Claros del bosque* (1977): fragmentos de un orden remoto que nos tiende una órbita.



Conveniente sería centrar esta cuestión de los géneros literarios diferentes practicados por Zambrano según la temática —todos «ensayos», aparte de algunos pocos poemas líricos, pero de diferentes formas que van desde los «delirios», las hermenéuticas poéticas, fenomenológicas, históricas, políticas, pictóricas, musicales, hasta su misma «tragedia» *La tumba de Antígona* (1967)—, para discernir bien el lugar adonde quiere llevar toda su crítica cultural de Occidente, que no es otro que el de esa *razón sumergida* en la historia. Una historia profundamente trágica, y tanto más cuanto menos se aviene a ser descifrada desde la oscuridad propia de sus raíces, que se diría que toda la cultura occidental se ha empeñado —o despeñado— en desvelar (quitar los velos y quitarle el sueño que la alienta, despertándola a deshora y suplantando su sueño por la mera conciencia) sus raíces en la ennegecedora luz instrumental y utilitaria, hija de la precipitación, de la avidez, del deseo de imperio occidentales que, según Zambrano, ha asolado el mundo y lo está conduciendo a su suicidio. Así, dirá ya en su penúltimo libro (1990), *Los Bienaventurados*:

*Indignos casi de la vida, de la vida inmediata, nos presentamos hoy con técnicas, razones técnicas también, análisis igualmente técnicos del alma reducida a psique, a máquina; invasores siempre, ayer todavía y aún hoy guerreramente y enseguida pacíficamente, industrialmente, donde no nos llaman. Todo es color de imperio, de comercial imposición.*

*Y allí donde llegamos la danza cesa, el canto enmudece, la ronda se deshace.*

Esta tesis le había llevado ya en 1987 —en el breve prólogo a la reedición de *Persona y democracia* (1958)— a declarar que estamos, aun con la democracia y el máximo desarrollo material, *en una de las noches más oscuras del mundo que conocemos*. Y es esa trágica constatación la que, en realidad, viene haciéndose desde *La confesión* (1943) y *La agonía de Europa* (1945), y en precisiones y profundidades fenomenológicas mucho mayores en el gran libro que es *El hombre y lo divino* (1955, y segunda edición, muy aumentada con las pesquisas ya plenas de razón poética, de 1973), donde ya se constata el «suicidio en la luz» del propio pensamiento racionalista griego. Frente a ello, Zambrano sumergirá la reflexión filosófica en las *categorías o formas íntimas de la vida* (de cierto, fórmulas estas que son el crisol donde alquimiza a Nietzsche, Simmel, Unamuno, Scheler, y el propio Ortega, con las mismas «entretelas» vitales del alma de san Juan de la Cruz), y subterráneamente va horadando las pasiones hasta sus mismos gérmenes de luz. Surge la figura simbólica de la aurora, del alba humana, siempre destruida por la

## distancia

### El descenso de la razón

sacrificial *historia apócrifa*, la que calumnia y desfigura las posibilidades más plenas del hombre. Pues éste, para Zambrano, es *el ser a medias nacido*; y radicalizando de nuevo las tesis al respecto de Nietzsche y Ortega, se sumerge en una fenomenología de la esperanza que busca encontrar las raíces del posible renacimiento, o nacimiento pleno, del hombre; sin obviar el análisis del sentido del «*gran anhelo*» y el «*delirio del superhombre*» de Nietzsche.

Y es en ese contexto en el que propone su *mirada unitaria* en 1944, como tarea previa al descenso de la razón que guiará todo su camino, su «método», como alternativa «oscura» y «penumbrosa» al método cartesiano de la *clarté*. Dirá, así, en «Poesma y sistema» de aquel año:

*Religión, filosofía y poesía han de ser miradas de nuevo por una mirada unitaria en que los rencores, crecidos con la prolijidad de la ortiga, estén ausentes. Sólo ante una mirada así la filosofía podrá justificarse.*

Este tema de la justificación de la filosofía ante la vida recorre de parte a parte la obra de Zambrano, y cada vez más se enraíza y radicaliza su propuesta de revertir la filosofía a sus orígenes —radicalizando, a su vez, las propuestas del «pensamiento originario» de Heidegger tan apoyado en Nietzsche—, a lo que he denominado el «envés de la idea» y sus reversibilidades (tan cercanas a veces a algunas propuestas de W. Benjamín y de Adorno, aunque siempre la distinción de éstos su crítica de la dialéctica desde su singular posición fenomenológica y hermenéutica). Así lo

expresará en su libro «epistemológico» *Notas de un método* (1989) donde se deja clara la conexión que establece entre filosofía y música, pues esas «notas» lo son *en el sentido musical del término*; libro donde se comprende muy bien por qué prolongó el que consideró «*éxtasis malogrado*» de Nietzsche por las vías místicas de san Juan de la Cruz (de su «música callada» y «soledad sonora», que tanto frecuentó desde 1928), que cada vez más verá netamente arraigadas en el sufismo islámico. Merece la pena transcribir el largo pasaje de aquel libro en que se cifran los temas sustantivos del lugar que Zambrano concede a la filosofía:

*Ha sido una especie de imperativo, desde su origen mismo, el presentarse sola, prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser. Mas lo ha ido consumiendo o, cuando así no lo conseguía, lo ha dejado en la sombra, tras de su claridad.*

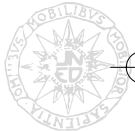
*Así es como la experiencia de la vida queda separada del pensamiento, que en su pureza diamantina está destinado a ser consumido por alguien; alguien que al asimilarlo hará que entre en su experiencia, que será el vaso donde el pensamiento filosófico se deshace y rehace para ser bebido. Pues que el pensamiento no sucede a solas en la mente de quien lo acoge, a no ser que lo acoja sin que no lo necesite. Y aunque se olvide de todo lo que como ser humano le pasa, le ha de pasar igualmente y en modo inequívoco el pensamiento que le llega. De no sucederle así, el tal filosofar será*

*instrumento para adquirir algo que ya no es filosofar, para adquirir un poder intelectual no común, para destacarse. Pues que si es filosofar sin más, en su indispensable pureza, será un revivir del suceso, por el pronto en sentido inverso. El pensamiento filosófico ha de ser reversible, ha de ir a depositarse en el campo de un alma afín, en una provincia de su reino, por muy alejada que esté en espacio y tiempo.*

*Si la filosofía existe como algo propio del hombre, ha de poder franquear distancias históricas, ha de viajar a través de la historia; y aún por encima de ella, en una suerte de supratemporalidad, sin la cual, por lo demás, el ser humano no sería uno, ni en sí mismo —en cada uno de los que son sí mismo— ni en la unidad de la especie. Y por ello, sin duda, por esta supratemporalidad del pensamiento, la filosofía establece, al par que su autonomía, que su pureza, la existencia del género humano y la del hombre en concreto.*

## EL CAMINO RECIBIDO Y EL MÉTODO

Sin intentar ahora una exégesis mínimamente completa de este complejo texto, sí se puede deducir al pronto que en él se compendia aquel camino descendente de la razón y su mirada unitaria, integradora y, como aquí se dice, «reversible» históricamente y aun «suprahistórica». Camino descendente, pues, hasta las raíces vitales y experienciales que fueron, y habrían de seguir siendo, el origen de la filosofía, que ésta suele ocultar; ocultando así en la sombra el suceso



## distancia

### Cuaderno de Cultura

capital que le *pasa* al pensar que es la misma experiencia de la vida que desde el racionalismo ha quedado separada del pensamiento, e incluso *reprimida* por la pura razón concienzalista. Y así es como todo el pensar zambrano busca renovar, en su ir y venir por el *purgatorio* de la filosofía, la conexión de la razón con las «mesmas aguas de la vida», tal como lo expusiera san Juan de la Cruz. Y en esa búsqueda de recuperar lo avasallado, olvidado y humillado por la razón occidental, es donde se juegan la importancia, los logros y también los peligros, de esta razón tan *mestiza*, de esta meditación entrecruzada que quiere llegar al confín mismo donde *el sentir* dicta su propio logos, su razón más entrañada, desde su más extremada pasividad vital, arraigada en la tierra y en el mundo, y que configura el último rostro, el más verdadero, de la propia alma. Y aquí esta indagación se vuelve cierta *danza* del pensamiento que trata de dar a ver y a oír la vibración de lo que da *color* a la vida, y aun «los colores sombríos (que) aparecen como privilegiados lugares de la luz que en ellos se recoge» —como escribe en *Claros del bosque*—; color, forma y música de las entrañas mismas mostrando sus más indescifrados anhelos por la filosofía racionalista, convertida, para Zambrano, en pura instrumentación de la vida, en puro poder en sus múltiples máscaras. Y así, *el método*, este camino del pensar se adentra por lo que se considera es «el camino recibido» (1974) por todo hombre, pero que ha sido tapiado por los otros dos caminos triunfantes en este Occidente: el sinuoso del mecánico deseo, y el rectilíneo de la inteligencia. Este camino recibido

—que, según escribe Zambrano, «vale más llamar sendero, vereda, vericuetto, trocha o camino de sirga, el camino recibido por el hombre y sólo ensanchado, cuando se puede, allanado a fuerza de ser recorrido»—, es el que acaba de darnos la clave del lugar adonde quiere llegar y los géneros de escritura que utiliza para ello.

El lugar, podemos ya precisar más, es el *anhelo* que cifra todas las *esperanzas* humanas, y que es el confín mismo del alma y del sentir, normalmente interpretado desde su manifestación en la *psique* como solo deseo por la pura inteligencia instrumental. Por el contrario, y más allá de ello, llegar a esas zonas de la vida requiere adaptarse a su *funcionamiento* simbólico, onírico, poético y de inmensas capacidades *creadoras*. Por ello es capital en Zambrano su más grande investigación: la que versa sobre «Los sueños y el tiempo», y de la que los libros publicados —*El sueño creador* (1965) y *Los sueños y el tiempo* (1992)— no son sino mínima parte de lo aún inédito. Y este descenso de la razón hasta el mundo de los sueños, quizá sea uno de los aspectos más originales y decisivos de esta meditación entrecruzada, y donde máximamente se separa de Ortega. Y en ello cabe discernir la prosecución que de nuevo realiza del propio vitalismo nietzscheano, de las concepciones del tiempo en Bergson y en Heidegger, y de las propias conexiones ya existentes en Unamuno entre los sueños y el tiempo.

Y al respecto es imprescindible señalar las tres órbitas de impulso y correspondencias en este radical desciframiento de los sueños que Zam-

brano realiza. En primer lugar, las filosófico-fenomenológicas, y de nuevo con curiosos paralelismos con W. Benjamín. En segundo lugar, las psicológicas, y en un entrecruce de reflexiones antropológicas, en las que se mueve en un permanente vaivén entre concepciones jungianas, de muchas de las investigaciones del llamado Círculo de Eranos en torno a Jung, y del propio gestaltismo, y siempre en uno de los diálogos más críticos de toda su obra: con Freud. Y en tercer lugar, en un constante diálogo crítico con la fenomenología de la religión que le sirve para penetrar de forma muy personal en los mundos *místicos* del gnosticismo, del sufismo y de un cristianismo («*sin Iglesia*») integrador y universalista, en el que su máximo guía es Massignon.

Desde esa triple perspectiva, el recorrido por los sueños lo será por las raíces mismas de la vida humana, desde la más extrema pasividad hasta el *sueño creador*, máximo exponente en Zambrano de las potencias vitales que aúnan sensibilidad y entendimiento, arraigo en la vida y lucidez; al punto que podemos considerar que ella es pionera en la investigación —hoy tan de moda, y no siempre en los más rigurosos modos— de los denominados *sueños lúcidos*, aquellos en que la conciencia se hace testigo de los poderes oníricos del cuerpo, y aun, en el propio sueño, es capaz de *orientarlos* y proseguirlos. Es el sueño más alto y potente para Zambrano, «*el sueño que se sigue*», y que para ella tiene decisiva importancia personal, social y cultural. Tanta, que es su última palabra sobre la crisis occidental, a la que ve como un sueño no bien soñado, de interrumpida *melodía*, pero que, al igual que sucede con los sue-

## distancia

### El descenso de la razón

ños personales, podrá retomarse creadoramente ahondando en la esperanza misma que subyace a la avidez occidental, consumiendo la noche en que nos debatimos nihilistamente, y entresacando de su propia oscuridad el hilo de luz que anunciará una nueva aurora.

En definitiva, los géneros literarios *poéticos*—creadores, simbólicos y metafóricos, siempre que entendamos la *metáfora* como creadora de lenguaje y no mero *tropos* de un lenguaje impropio que requiere ser *traducido* racionalmente— de Zambrano, su razón poética como entrecruce de formas avasalladas del lenguaje que fusiona formas poéticas, narrativas, populares y místicas, están en función del lugar a que se quiere llevar la razón. Y no sólo no renunciando a ella, a la razón, sino ampliándola, haciéndola descender a sus propias raíces y reptando intersticialmente por sus más oscuros entresijos y abrazando sus más intrincados componentes, que a la razón racionalista le parecen conflictos y aporías irresolubles. En un vaivén entre Nietzsche y la mística más esplendente, esta descendida razón zambraniana compone una singular genealogía, no sólo de la moral, sino «más adentro en la espesura», y ciertamente «más allá del bien y del mal», hasta las fuentes mismas, las esenciales para Zambrano, del amor y de la «ausencia» en que éste *se halla* en el mundo contemporáneo. De forma que la misma pregunta filosófica es revertida desde su purgatorio cuestionante a una interpelación entrañada, a un clamor, a una inter-rogación: «Todo ello —dirá en el comienzo de Claros del Bosque— no conduce a la pregunta clásica que abre el filosofar, la pregunta



por «el ser de las cosas» o por el «ser» a solas, sino que irremediamente hace surgir desde el fondo de esa herida que se abre hacia dentro, hacia el ser mismo, no una pregunta, sino un clamor despertado por aquello invisible que pasa sólo rozando. '¿Adónde te escondiste?'...

En la fusión de filosofía, poesía y espiritualidad, Zambrano lleva hasta su mismo confín el purgatorio de la filosofía, recorriendo los sueños humanos y sus vinculaciones con los tres «caminos» del hombre—el de la inteligencia, el del deseo, el del anhelo— y los tres diferentes tiempos que a ellos están vinculados. Y desde esa triple perspectiva, que, como vemos, engloba, a su vez, tres esenciales temas—los sueños, los caminos, los tiempos—, Zambrano lanza desde su «oscuridad» como parte, desde sus penumbras, una crítica radical a *toda la historia de la filosofía*, que si enlaza con las de Nietzsche y Heidegger, es aún más contundente en su mis-

ma defensa de la no-violencia y del padecer. Pues el lugar «sombrio» de Zambrano conculca con cierta seducción venenosa los ocultamientos de la filosofía desde sus mismos inicios, sus «represiones» de la diversidad de tiempos que el hombre terrestre habita a favor del lineal de la conciencia, único que ha acabado prevaleciendo, hundiendo así las reales posibilidades de desarrollo del hombre más allá de las que suicidamente ya le ofrece la inmensa instrumentalización en que ha convertido a la tierra y a sí mismo.

Mas aquí la cuestión se complica, pues sin ceder un ápice en su crítica a la cultura occidental y a la filosofía, Zambrano abisma su fenomenología poética de la esperanza en la noche misma, y en especial en sus últimas obras—*De la aurora, Notas de un método, Los Bienaventurados y Los sueños y el tiempo*— hace descender la razón hasta—dicho sea con el título de su artículo de 1934—el «límite de la Nada», y en un diálogo acrecentado con Nietzsche y san Juan de la Cruz da nuevas claves del mito del hombre verdadero que recorre toda su obra, y que hizo explícito en «José Lezama Lima: hombre verdadero» (1977), reconvertido en «el bienaventurado», donde la voluntad de *potencia* de Nietzsche ha sido desprovista de toda voluntad de dominio y de imperio. Y el *eterno retorno* es conjugado por entero con la aurora. El lamento de Zambrano por la pérdida del mundo, de la tierra y del alma es muy explícito al comienzo del libro *De la Aurora*, cuyos «Prolegómenos» son precisamente «Ayes», plural del ¡Ay! de dolor por la pérdida. Mas Zambrano, aún así, no habita ningún pesimismo ni nihilis-



## distancia

### Cuaderno de Cultura

mo, sino que prolongando al máximo el *nihilismo activo* de Nietzsche, lo lleva ya por sendas creadoras, desde los mismos abismos de lo humano y su al parecer irresoluble tragedia, hasta aquel recóndito lugar donde pudiera aún comparecer ese rostro del hombre verdadero y de una historia verdadera y no trágica y apócrifa, y aún de una democracia que pudiera ser el acorde musical de las diferencias. Baste aquí recoger lo que en uno de sus más «desconsolados» pasajes escribiera Zambrano, en 1987, como prólogo a la reedición de *Persona y democracia*:

*una fe que atravesase una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá, que el espíritu creador aparezca inverosímilmente y porque sí (...); un testimonio, uno más, de lo que ha podido ser la historia, de lo que pudo ser; un signo de dolor porque no haya sucedido, que no desvanece la gloria del ser vivo, de la acción creadora de la vida, aun así en este pequeño planeta.*

*De que un triunfo glorioso de la Vida en este pequeño lugar se dé nuevamente.*

Pero esa fe y ese testimonio hallan también en la última etapa de Zambrano la cortesía filosófica de ser recorridos por su razón poética hasta la fuente misma de su esperanza. Desde *Claros del Bosque a Los sueños y el tiempo* se dibuja un perfil del rostro que pudiera nacer, que hiciera re-nacer al hombre, al concreto y real en una sociedad liberadora. No es propiamente ninguna utopía, aunque ella acabe por denominarla la «*utopía irrenunciable de la belleza*».

Son los pasos del camino hasta el lugar donde puede comenzarse a vivir, a respirar, ciertamente más allá del *último hombre* de Nietzsche (el Adán suicidado de este ciclo cultural, para Zambrano) y del propio y profundo nihilismo del cuestionar de Heidegger. Con razón ha podido escribir M. Cacciari (en «Para una investigación sobre la relación entre Zambrano y Heidegger», Archipiélago, num. 59, 2003): «El cuestionamiento zambraniano en torno a su propio e inmanente «abismo» concierne, así, profundamente a la misma interrogación heideggeriana. En otros términos: ¿por qué vía puede «convertirse» la «violencia» de la interrogación en responsabilidad, esto es, en capacidad de responder?(...) en la pietas del co-responder?(...); esta voz (del ser, interrogante, de Heidegger) no podrá nunca, por definición, corresponder a la simplicidad e inmediatez de la vida, a su dimensión primera, a su originaria pasividad. El inicio del hacer-filosofía está marcado, incluso, por la renuncia a toda inmediatez y simplicidad. Es éste su «pecado original» —una auténtica decisión, que la historia de la metafísica intenta por todos los medios ocultar. Y que Zambrano, precisamente, exige que sea recordada».

Y así podemos comprender que la respuesta que Zambrano ofrece a la insurgente pregunta filosófica, efectivamente, es re-cordada, es decir, es un descenso al símbolo mismo de una *actividad* que asume por completo la máxima pasividad: el corazón, sede mediadora del cuerpo y el cosmos, del entendimiento y la sen-

sibilidad. Diríamos con el gran sufí murciano del siglo XIII, que el corazón es la confluencia de dos mares, los de la sensibilidad y los del entendimiento. Para Zambrano (en *Claros del bosque*) sólo «el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado. Y ese es su intento, el método que precisamente surge de un reinicio de la vida: de un «Incipit vita nova» total, que despierte y se haga cargo de todas las zonas de la vida. Y todavía más de las agazapadas por avasalladas desde siempre o por nacientes. Un método así no puede tampoco pretender la continuidad que a la pretensión del método en cuanto tal pertenece. Y arriesga descender tanto que se quede ahí, en lo profundo, o no descender bastante o no tocar tan siquiera las zonas desde siempre avasalladas, que no necesariamente han de pertenecer a ese mundo de las profundidades abisales, de los ínferos, que pueden, por el contrario, ser del mundo de arriba, de las profundidades donde se da la claridad. Mas ¿cómo sostenerse en ella?».

Es ese vaivén entre los ínferos de abajo y la «profundidad» de arriba el que se recupera para el pensamiento con su misma razón descendente, y en él se cifra ya por entero el lugar adonde quiso llevar su pensar, y aún los géneros simbólicos y *de artista* que lo manifiestan. En su pensar el saber más inmediato, entrañado y tradicional, y buscando los centros más insobornables del corazón, este vaivén recupera claros motivos de sabidurías tradicionales, orientales y occidentales, chamánicas, pitagóricas,



## distancia

### El descenso de la razón

algunos neoplatonismos y sus fusiones con el gnosticismo, cristianismos y cristologías esotéricas, secretos sufíes expresados en la más alta poesía y en el no menos alto pensamiento de, por ejemplo, Ibn Arabî o Rumi o Shoravardî y sus raras fusiones en la hermenéutica de Massignon y Corbin. Pero no menos dialoga Zambrano con el budismo Zen y con el Tao chino. Y desde luego este vaivén entre abajo y arriba es reconocido en múltiples formas filosóficas, antropológicas y psicológicas de la modernidad.

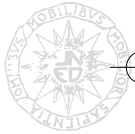
Valdría para contextualizar debidamente a Zambrano —pero sólo eso, para contextualizarla, y no eximirse de re-pensar su profunda originalidad— la expresión de J. Ladrière, *raison élargie* («Le destin de la raison et les taches de la Philosophie», 1973), la razón ampliada que trata de ir más allá de cualquier razón instrumental y de la misma oposición racionalismo/irracionalismo, y que buscaría una transformación interna de la razón yendo a su raíz en el *mundo de la vida* y, prosiguiendo a Spinoza y a Nietzsche, convirtiéndose en un saber del cuerpo y, a la vez, en la máxima apertura a la vida del espíritu. Es decir, en un doble movimiento de *insistencia* y de *transcendencia* hacia dos límites: el mundo de la vida hacia *abajo* y el mundo del espíritu hacia *arriba*. Preciso sería recorrer los grandes hitos de la crisis de la razón durante el siglo XX para comprender la vigencia de las propuestas zambranianas y su acorde con las más radicales, como sucede con toda la crítica a la razón instrumental desde perspectivas fenomenológicas, personalistas, existencialistas o de la propia Escuela de Frankfurt. O de las derivaciones de todas éstas en el último tercio de aquel siglo. Y uno

de los aspectos cruciales que, en distintas órbitas, se han suscitado en esa crítica de la razón instrumental ha sido, precisamente, la necesidad de una cierta inmersión de la razón en lo que Corbin denominó, a propósito de Ibn Arabî, *imaginación creadora*, en muchos puntos perfectamente acorde con la denominada por Nietzsche *metafísica* de artistas. De nuevo nos situamos en lo que el gran místico y pensador murciano denominó «la confluencia de dos mares», y que halla en el propio romanticismo un hito clave con *Las cartas sobre la educación estética del hombre* de Shiller. De nuevo es la búsqueda de integración en una razón enraizada en los mundos de *arriba* y de *abajo*, de una razón sensual y una sensibilidad racional, la que orienta una posible salida de la mecanización racionalista y sus consecuencias morales y sociales homogeneizadoras, unilineales, reduccionistas y, a la postre, absolutistas. Lo que sigue estando en juego es la libertad personal y la posibilidad de ser *sí mismo*, y la incardinación de esa libertad en una forma posible de sociedad libre, que Zambrano verá realmente sólo posible haciendo de ella una *obra de arte*, de creación, de *poiesis*, y muy en concreto superando el modelo *arquitectónico* y constructivista por otro *musical*, de acorde de las diferencias. Pero más allá de propuestas *dialécticas*, como en realidad lo son las que hacen todos, con la excepción de Nietzsche, los que podemos incluir, aun con todas sus diferencias, en esta «razón ampliada» (Heidegger, Bloch, Adorno, Hoerkeimer, Marcuse, Merleau Ponty, P. Ricoeur, Deleuze o el propio Foucault), el

camino del pensar de Zambrano no se limita a los ya tópicos del pensamiento nómada, plural, descentrado. Ciertamente, para ella el filosofar es un viaje, un vaivén para el que es válida la figura del *péndulo* (así lo ve en una interesante exégesis nietzscheana y de esa razón ampliada Mónica Cragolini en *Nietzsche, camino y demora*, 2003), hasta el punto de que uno de sus más bellos textos es, precisamente «Tal como un Péndulo» (1983):

*Así el ser que ha despertado, como un péndulo viviente, ha de sostenerse en movimiento incesante, sostenido por un punto remoto, transformando el desfallecimiento en pausa, y la pausa, en lugar de más honda y obediente oscilación, revelando así su secreto de ser un diapasón del imperceptible fluir interior del tiempo vivo.*

Y es esta figura del *diapasón* la que nos ofrece la clave de cómo funciona esta razón ampliada de Zambrano, tanto que la razón misma es el diapason, el recorrido por todo que es lo que el diapason significa. Es este «*hay que recorrerlo todo*» —lema ya en *El hombre y lo divino* en 1955—, compondiéndose por el nuevo lema de *Claros del bosque* —«*nada de lo real ha de ser humillado*»—, lo que nos sitúa en ese dinamismo zambraniano, profundamente *piadoso* (y en ello cerca de Massignon y su continuador Levinas) para con todo lo *otro* e inexplicable por la razón racionalista, y nos advierte frente al *ser* y sus fijaciones racionales. Se diría que la tarea mayor que se descifra en el pensar zambraniano es el abismamiento hasta sus raíces más dinámicas de los anhelos que presiden esta misma voluntad de hallar una



## distancia

### Cuaderno de Cultura

razón más ampliada en buena parte de la filosofía contemporánea; y también de las razones de por qué tal intento acaba por reducirse a un nuevo discurso nihilista, cuando no meramente académico y absorbido por la pura razón instrumental triunfante. Es cierto que, como ya escribiera Cioran sobre ella, Zambrano «no ha vendido su alma a la idea, ha salvaguardado su esencia única situando la experiencia de lo insoluble sobre la reflexión acerca de ello; ha superado, en suma, la filosofía... Sólo es verdadero a sus ojos lo que precede o sucede a lo formulado, el verbo que se zafa de las trabas de la expresión, o, como ella misma ha dicho magníficamente, 'la palabra liberada del lenguaje'» Y es en esta liberación del lenguaje donde nos situamos en el punto más interesante, y el más delicado y aun peligroso, de la razón poética zambraniana. Pues lo que la diferencia de todo el pensamiento contemporáneo, su santo y seña distintivo, es esta inmersión en los poderes metafóricos, simbólicos y creadores de la palabra. En ella el lenguaje poético, y la creación de sentidos nuevos, no es una propuesta dialéctica, o como en Heidegger el desideratum de ir a habitar el monte del poeta, sino realmente situarse en él. Y aún más allá, o más acá, pues en la profundidad que alcanza este descenso de la razón encuentra con el místico Tauler que «hay que escalar el propio corazón como si fuese una montaña». De nuevo, el *abajo* propulsa el movimiento ascensional al *arriba*. Más allá de las teorizaciones de Heidegger, o de Ricoeur sobre la *metáfora viva*, Zambrano vivifica la metáfora como el lenguaje mismo de una razón creadora que es continua reactivación de sig-

nificados y aun de conexión con sentidos corporales que al hombre le han hurtado los reduccionismos de la razón. Desprendida de toda dialéctica, Zambrano sumerge a la razón en otros medios de visibilidad y de escucha, de atención, y propone otros diversos géneros de escritura y conocimiento capaces de *recrear* al hombre. Y así dirá en *Claros del bosque*:

*La razón racionalista, esquematizada, y más todavía en su uso que en los textos originarios de la filosofía correspondiente, da un solo medio de conocimiento. Un medio adecuado a lo que ya es o a lo que ello se encamina con certeza; a las «cosas» en suma, tal como aparecen y creemos que son. Mas el ser humano habría de recuperar otros medios de visibilidad que su mente y sus sentidos mismos reclaman por haberlos poseído alguna vez poéticamente, o litúrgicamente, o metafísicamente.*

Es esta recuperación de medios de visibilidad perdidos y de sus sentidos correspondientes lo que lanza el mayor reto a la filosofía; pues, de entrada, lo que Zambrano está proponiendo es que en ese ser a medias nacido que es el hombre se ha producido un corte, una escisión con la vida, que es necesario *solucionar* si es que queremos seguir hablando del futuro del hombre, de su misma posibilidad. Tema lábil que sólo puede quedar aquí apuntado, señalando que conlleva muchos problemas de la relación entre los tiempos, y no sólo considerados unilinealmente desde la pura visión historicista, sino en relación con *algo más* que la his-

toria, ese nuevo ídolo triunfante desde Hegel que ha sustituido a Dios, junto al Estado y al delirio del éxito.

En definitiva, la razón poética de Zambrano significa una alternativa muy radical a la crisis de Occidente, que ella ya al final de su vida ni siquiera ve ya como *crisis*, sino como completa *orfandad* y desvinculación de la tierra, el mundo y el alma, por en medio del triunfo total de la técnica y de las puras razones técnicas que han convertido a tierra, mundo y alma en *máquinas*, haciendo verdad el puro reino de la *extensión*, de la *res extensa* cartesiana frente a la que la misma *res cogitans* se ha suicidado en los *infiernos de la luz*. De la posibilidad de reintegración en una *nueva* y *no reaccionaria razón integradora* del mundo de *arriba* y del de *abajo* habla este texto de Zambrano, el más escueto y preciso, sobre el *Método* (en *Claros del bosque*), en el que se resuelve el vaivén por el purgatorio de la filosofía y sus conexiones con la poesía y la espiritualidad religiosa y mística:

*Hay que dormirse arriba en la luz.*

*Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del Universo, el suyo propio.*

*Allá en «los profundos», en los inferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo.*

*Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que acoge donde no padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aun sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección.*